

QUE LO CUENTEN
COMO QUIERAN

COOPERATIVA
DEL LIBRO

ÍNDICE

DIAMANTE POR MARÍA JOSÉ THOMATIS	3
EL MOMENTO POR EZEQUIEL DERHUN	9
SERVILLETA DE PAPEL POR GONZALO RUIZ	13
PEPE CONTRA LA MUERTE POR GONZALO GLORIOSO	17
UN VIERNES CUALQUIERA POR FRANCISCO PÉREZ OSÁN	23
LIBRE DE CULPA POR DANIEL CALIARES	27
EL QUINTO "D" POR IGNACIO DE LA ROSA	33
CALLEJONES POR JUAN AZOR	36
PERDER LA PALABRA POR FEDERICO FAYAD	38
OTRA VEZ MARIANA POR JUAN MARTÍN ALONSO	44
MANUEL POR PABLO PHILIPPENS	48
CORAZÓN DE BONARDA POR ROGELIO AGUILERA	51
EPÍLOGO POR JESSICA ROJO SAVARD	55

DIAMANTE

MARÍA JOSÉ THOMATIS

El cuerpo está enterrado debajo del pino en el patio. Nunca me había imaginado matando a alguien, pero una vez hecho, mi vida no tendría sentido sin esta historia. No siento frío, creo que los burletes que instalaste son bastante efectivos. Tuve que pedirte durante varios meses que recordaras comprarlos y cuando llegó el invierno con toda su furia helada todavía no los teníamos. El viento corría a través de esas hendiduras de un centímetro —las medí, lo recuerdo— que hay debajo de todas las puertas de esta casa. Puertas de metal en el medio de la montaña. A veces, cuando me levantaba en la madrugada para dejar salir a Paca, al tocar el picaporte me recorría las articulaciones un hielo que me provocaba la sensación de cortes en la piel. Esa misma sensación me recorría el cuerpo las noches que dormíamos juntos, pero sin tocarnos y, en un descuido, con mi pie rozaba tu costado. Miro a través de la ventana de la cocina mientras escribo esta carta sentada a la mesa y Paca duerme plácidamente apoyadas sus patas sobre mi pie izquierdo. Es mediodía y hay sol afuera, pero todavía quedan restos de la nieve de ayer en las ramas del pino, que van cediendo y provocan pequeñas y privadas nevadas en nuestro patio. Estoy en un buen lugar en este momento. Este instante es uno de esos que quisiera poder guardar en una caja, como a los objetos, para conservarlo y visitarlo cada vez que lo necesite. Siempre voy a recordar el primer día en que me trajiste a esta casa. Tomamos vino y nos emborrachamos mirándonos a los ojos con las piernas entrelazadas. Habías puesto música clásica y, cuando la realidad ya se nos veía borrosa en los ojos, pero también en el corazón, nos besamos apasionadamente y rompimos una copa. Nunca más volvimos a tomar vino juntos en esta casa. Muy pocas veces volvió a sentirse música dentro de sus paredes. Creo que hoy la dejaré sonando mientras mis pies caminan fuera de estas

puertas de metal.

No sé si es una carta de despedida, yo más bien diría que es un mensaje de cierre. Es probable que a vos no te sirva de nada y que la policía le ponga una etiqueta de “evidencia” antes de dejarte leerla siquiera. Igual creo que mis palabras te llegan a medida que la pluma dibuja el papel. Como si en el aire viajara un sedimento de esa tinta que llega a tus huesos hasta impregnarse en tu subconsciente. De hecho, creo que todo esto que te digo hoy vos siempre lo supiste y esta es sólo una confirmación que le ahorrará a la unidad de investigaciones la búsqueda de más culpables.

La nieve me hace feliz porque me transporta al día en que encontramos a Paca. Habíamos recorrido en el auto unos 11 km desde casa porque yo te pedí que hiciéramos un picnic cerca de las paredes de la montaña para apreciar su imponente nevada. Vos jugabas a inventar nevizcas artificiales sobre mi pelo, que terminó empapado, cuando desde atrás de una piedra sentimos un gemido desgarrador. Nos costó entender que eso blanco bañado en nieve era una perra sufriendo. La pata rota sanó más lento que su corazón, ese que en pocos días de convivencia nos entregó para siempre. Te pido disculpas por este divagar en mis pensamientos, pero escribirlos es como vivirlos de nuevo. Lo difícil va a ser cuando tenga que repasar los malos recuerdos.

¿Cuándo empezó a gustarte ella? A esta hora el cuerpo debe estar congelado debajo de la tierra. Y mientras escribo estas palabras hago malabares con uno de tus encendedores, paseando mis dedos a través de la flama. Ninguno se quema. Siempre pienso en que me hubiera gustado ser fumadora sólo por la belleza del juego. Es una lástima que el tabaco nunca haya sido de mi agrado, porque me gusta mucho la ceremonia de los fumadores como vos: primero confeccionar el cigarrillo lo mismo que podrías armar una grulla; luego salir a la intemperie sin importar las condiciones del clima para reunirse con un grupo cómplice a practicar el ritual de la quema. No es menor la belleza del humo escapando de las bocas calientes, de labios abiertos en los que vuelven a apoyar el papel para aspirar su suerte. A veces se me ocurre este pensamiento de que me encendiste como a un cigarrillo y me fuiste consumiendo en la intemperie.

Recuerdo que la convivencia no fue fácil desde un principio, pero el tenerte cerca se sentía como estar en casa, abrazarte era como llegar de un viaje largo y sacarse las botas mojadas. La convivencia fue terrible. Un día me dijiste que yo era como un diamante y en ese momento pensé que era una cursilería barata, hasta que investigué acerca de los diamantes en la enciclopedia empolvada que yace en el último estante de tu biblioteca. Un diamante es el material más duro que se puede encontrar en nuestro planeta,

no sólo es irrompible, también conduce el calor mejor que cualquier otro objeto y tiene una alta capacidad para dispersar la luz. En la industria se usa como una herramienta de corte y pulido. Ahora entiendo por qué se buscan estas piedras para simbolizar compromisos que luego con los años terminan siempre rotos. Tal vez tenías razón en esto de que soy un diamante, pero si es así, ¿cómo hiciste para consumirme?

Si tuviera que adjudicarte a vos la propiedad de algún elemento, hoy diría que sos carbón que espera convertirse en diamante. Todo es un proceso y lleva su debido tiempo. Cómo nos costó sostener esto y cuánto daño me provocó tu fuego constante. ¿Cómo se hace para aislar una relación humana de todas las relaciones humanas precedentes?, ¿Creés que si antes no nos hubieran arruinado nosotros habríamos sabido cuidar el uno del otro? No creo en el karma, creo en rocas que nos va cargando la vida y que nosotros dos traíamos grandes pesos a costas que le pertenecían a otros pero que hicimos carne propia.

Después de un tiempo viviendo aquí comencé a sentir que esta casa era mía, que era tan mi hogar como tu pecho. Llegabas siempre muy tarde por lo que las paredes se convirtieron en refugio de mis soledades, un fuerte desde el que veía pasar los días como en una película en la que yo no tenía un papel asignado. Vos y Paca eran los protagonistas del film y yo los observaba extasiada. Sin embargo, había días en los que me invadía la tristeza por no formar parte del elenco, estaban ahí a mi lado, pero sentía que no podía alcanzarlos por más que existiera su calor entre mis dedos.

Ahora llegó el momento de recordarla a ella. Fue la primera compañía que encontré en este lugar ajeno. Eternamente sonriente, amiga de todos, la vecina me asedió desde el primer día; nunca comprendió que me gusta estar sola. ¿Te dije alguna vez que desconfío de las personas que le caen bien a todo el mundo? Porque para no tener problemas con nadie sólo hace falta cumplir alguno de estos requisitos: no tener juicios de valor respecto de la malicia humana o ser hipócrita. Cualquiera sea la causa es grave portar siempre una sonrisa de oreja a oreja en este mundo en el que vivimos.

Fiel a su esencia quiso ser mi amiga. ¿Será fortuito que su almacén quede justo frente a nuestra casa? No había manera de escapar a su cariño. En cuanto me veía abrir las cortinas me saludaba con exagerados ademanes mientras sacaba los carteles a la calle. Cuando iba a comprar algo, me ametrallaba a preguntas y comentarios sobre vos, sobre la casa, sobre mi soledad.

¿Te gusta Charly? A mí me encanta Charly, sobre todo sus últimos discos. El otro día pasé por la puerta de tu casa y lo estabas escuchando a todo

volúmen. Decí que somos pocos vecinos acá y que estamos en el medio de la nada, porque si no seguro que alguien venía con las quejas al almacén. Por eso me gusta acá, porque estamos solos y tranquilos sin que nadie nos moleste, ¿no? Vos sos muy solitaria, ¿no? Estás teniendo un mal día, ¿no? lo noto en tu cara. Cuando quieras venís y nos tomamos unos mates y me lo contás todo, ¿sí? Me encanta tu personalidad, porque sos callada y seria y decís las cosas como son, por eso te considero mi amiga.

Así me hablaba todos los días, de todos los meses, de todo el tiempo que llevo acá. No tuve muchas más opciones que aceptar sus baldes de amistad. Generalmente venía a almorzar conmigo cuando cerraba el negocio y después algunas tardes yo me acercaba a hacerle compañía tras el mostrador. Vos también fuiste su amigo. No te pesaba su personalidad, te gustaba que te sonriera y que te preguntara por mí con picardía. Ahora que lo pienso nunca estuvimos los tres juntos en una misma habitación. Hubiera sido insoportable.

Fue exactamente hace un año, con la llegada de las primeras nevadas, que se rompió algo en mí y eso me convirtió en una asesina. Hacía poco habíamos adoptado a Paca y yo no dormía bien; despertaba a cada rato con sus sollozos de cachorra. Como cada día, vos habías madrugado para irte al trabajo. Sentí tus pies deslizarse dentro de los zapatos, el “click” de los botones de metal de tu camisa, el cepillo raspando tus dientes, el perfume invadiendo la casa y la llave cerrando la puerta. Pensé que estuvo mal saberme despierta y no darte un beso de despedida así que, envuelta en una frazada, abrí la ventana y me asomé para gritarte mi amor recién amanecido. Todo lo que yo quería darte lo estabas recibiendo de ella, que había salido en pijama a sellar el beso furtivo. Juro que sentí un ruido dentro de mí como de líquidos volcándose. Cerré la ventana con las manos heladas y las mejillas calientes. Recordé que me habías comparado alguna vez con un diamante y derramé una sola lágrima. A partir del desamor sólo quedaron vidas truncas.

No cancelé nuestros almuerzos juntas ni dejé de visitarla por las tardes. Mi relación con vos tampoco cambió, te daba todo de mí igual que antes. La única diferencia era que yo sabía lo que pasaba. Pero a ella empecé a odiarla rápidamente, más que antes, con furia. Me quitaba el sueño su hipocresía, su sonrisa, esos labios que yo la veía usar para comer y que luego estarían en tu boca para terminar en mi entrepierna por las noches. Me torturaba su intromisión en mi soledad, la manera en que invadía con su imagen mis pensamientos.

Por eso al poco tiempo decidí matarla. Meses enteros me pasé imaginando todas las maneras en que podía hacerlo hasta que alcancé la determinación

final. Es curioso, cuando una se pone a pensar en la muerte, la cantidad de caminos que existen para alcanzarla. Vivimos cada día como si fuera algo inaccesible, pero, si se trata de opciones y lugares donde encontrarla, la muerte está al alcance de cualquier mano.

Si bien las armas de fuego son tentadoras, me espantó la idea del ruido que provocaría un disparo al corazón aquí en la montaña. La nieve nos provee de un silencio pacífico y yo no soy quien para perturbar la calma natural de este paraje. Los otros métodos que pensé implicaban un contacto físico que no quería mantener con mi víctima. Así que me decidí por el veneno: almorzaba casi todos los días con ella y sería fácil disimularlo en su plato. De hecho, compré el veneno para ratas de su propia mano.

Había planificado su muerte para este lunes. Ella siempre decía cuánto odiaba los lunes. Pero el domingo a la noche comenzaron a acosarme los fantasmas de la compasión y la duda: ¿No sería mejor irme de la casa y hacer de nuevo mi vida?, ¿realmente merece morir por esconder un amorío?, ¿alguna vez tendré un papel en esta película? La decisión estaba tomada: tenía que morir.

Llegó ayer a casa como todos los días: el cabello atado en una media cola, ropa ajustada y ojeras de haber dormido poco. Yo estaba preparando con mucha dedicación el almuerzo: comeríamos pollo con verduras al horno. Ella se dispuso a tender la mesa y a establecer la misma conversación de siempre. Me preguntó cómo estaba, qué cosas había hecho durante la mañana. Se mostró genuinamente feliz cuando le conté que había visto una lagartija caminar sobre la nieve cuando salí a pintar en la galería. Entonces entendí que esa mujer realmente me quería. Y ella comió, devoró el pollo con las verduras. Al terminar la comida y nuestra conversación se fue a casa.

Estaba triste. Me quedé sentada toda la tarde mirando la nieve en los árboles a través de la ventana, hasta que oscureció y tuve que preparar la cena. No tenía ganas de cocinar, así que sólo calenté sopa que había sobrado de la noche del domingo. Vos llegaste, me diste un beso distraído mientras yo servía tu plato. Tomaste la sopa sin darte cuenta de que no estaba sentada a la mesa. Guardé el veneno para ratas en la alacena y te desvaneciste sobre el mantel antes de que terminara de lavar los platos.

El cuerpo está enterrado en el patio debajo del pino. Por la ventana la veo a ella cruzar la ruta. Tiene lentes de sol y lleva en la mano un atado de laureles secos. Hoy la espero a almorzar, igual que ayer, y le pedí que trajera laurel para el tuco. Seguramente me preguntará por vos, me dirá que no te vio salir en el auto con su mirada perdida en la ventana. Algo inventaré. No le voy a decir que te guardé, como a los objetos, en un lugar donde

siempre pueda encontrarte. Es imposible que ella entienda que el cuerpo está enterrado debajo del pino pero que vos ahora sos carbón y que en algún momento de estas pequeñas y privadas nevadas vas a tener la oportunidad de nacer de nuevo, esta vez transformado en diamante como yo.

EL MOMENTO

EZEQUIEL DERHUN

Me preparé para lo peor. Y si bien no era lo peor que podía pasar, para mí sí lo era, por lo menos en ese momento.

Para hechos determinantes en la vida pareciera que hay que levantarse temprano, por eso puse el despertador a las 8, lo que para mí era una proeza. A las 7.23 ya estaba con los ojos abiertos y luminosos, dando vueltas en la cama. Gano tiempo, me dije y pensé que esperar su llegada con un buen desayuno sería una estrategia eficaz. Con una energía inaudita saqué harina, manteca y azúcar. De los anaqueles de la memoria de alguna charla con mi abuela desempolvé una vieja receta de bizcochitos. Terminé utilizando más manteca de lo que pensaba. Horno prendido, aroma a panificado y café en marcha, buenos amortiguadores para el final catastrófico que se avecinaba. No fue fácil hallar un mantel sin manchas, impoluto de toda suciedad, de todo pasado. La opción fue perder criterio estético por pulcritud, por lo que unas rosas espantosas estampadas en un mantel de hule regalado por una tía terminaron sobre la mesa.

El mensaje con el que finalicé el chat el día anterior decía “te espero a las 9”. Faltaban 22 minutos para que el minuterero diera el toque de gracia.

Claro, nada es peor que la traición. Pero una cosa es la posibilidad de traición, la que se presume, y otra es la que llega por sorpresa. En mi caso creía que no era ni una ni la otra. Tampoco podía acusarme de ser impulsivo, que hice lo que sentí en ese momento, que me desconocí. Fue algo distinto, porque fue, no persistió, no perduró, no valió nada. Sólo el hecho fáctico, el pecado promovido por algo que no tuvo que ver con el deseo. Aunque sí, tal vez, un poquitín, con la venganza.

Sí, la venganza, pensé que ése era el término, pero entonces me di cuenta de que no era un buen concepto para empezar la charla. La venganza tiene

su génesis en la ira ante el quiebre de la lealtad y para mí no había enojo alguno... para mí. ¿Iría a ser una charla? Nada podía ser peor.

Muchas veces, quien convoca a un encuentro y dice que tiene algo importante, vital, para decir, suele estar acompañado de un extenso monólogo. O al menos así me lo había imaginado. Decir que fue por una represalia acortaría los tiempos y enardecería sobremanera el momento, dejando la posibilidad de que haya un portazo sin mediar palabra. ¿Era lo que quería? Era una posibilidad. Pero sin dudas no era lo que quería, para eso preparé los bizcochitos, para eso hice el café. Para eso saqué aquellas tazas que compramos el día que fuimos a esa feria de artesanos y para eso puse el mantel.

Mejor tener un plan, pensé. Aguardaré a que llegue y no me animaré siquiera a darle la mano ni intentaré un beso en la mejilla. Esperaré a que pase, y le señalaré la mesa con un ademán amable, no diré nada. El café humeando en la cafetera será invitación suficiente. Una vez que se siente le preguntaré si quiere azúcar o edulcorante. Detuve el fluir de mi pensamiento. Se arruinó el plan. Cómo era posible que no supiera qué prefería. Dudaba y estaba casi seguro que era azúcar, pero ¿cuántas cucharadas? ¿Eso no debía ya saberlo?

Nuestra historia no es muy larga. El primer contacto fue casual, como muchas de las historias de amor escritas, pero sin ribetes cósmicos. Alguna vez tuve deseos de formalizar, ella dudó, pero después me dijo que era el amor de su vida. Una vez le prometí amor eterno y a la semana nos compramos un auto, hablamos de un crédito hipotecario y de chicos, pero sólo hablamos. ¿Qué podía salir mal?

De repente, el segundero emprendió su último viaje hacia las 9 y el corazón se me aceleró. Si bien sabía que nunca fue puntual, para las ocasiones importantes no se retrasaba ni un segundo. Y si bien lo que se venía era horrible, ella no lo sabía, pero podía imaginar que lo era. Cada vez que se movía la aguja, el corazón me latía dos o tres veces, el tu-tuc, tu-tuc retumbaba en mi cabeza, empecé a sentir el sudor en la espalda y cómo la transpiración se condensaba en mi frente. A mano tenía un repasador algo sucio. Me sequé e inmediatamente pensé que olía horrible, salí corriendo hacia la pieza y busqué algún desodorante o perfume que me desahogara de ese hedor que no podía parar de sentir. En el apuro me rocié con un spray antihongos para los pies. No me daban las piernas para llegar hasta el baño. Zambullí la cabeza bajo el agua de la canilla de la bacha. Sentí un enorme alivio y cómo el corazón se desaceleraba. Me miré en el espejo y estaba todo mojado. Me saqué la camisa que había elegido y planchado cuidadosamente la noche anterior y busqué una remera, lo más limpia posible. Volví

a la sala, saqué el celular del bolsillo y el reloj marcaba 9 y 11. El corazón me explotó. ¿Qué pasa que no llega?

Como toda casa chiquita la mesa está ubicada en el centro de la sala, frente a la puerta de entrada. Me senté apoyado los codos y sosteniendo mi cara con la palma de las manos. Sentí que olía bien y me quedé mirando hacia la puerta y tratando de no mover el mantel. Las manos sobre los cachetes me hacían ver como un chanchito. Hice un paneo con la mirada y noté que realmente la mesa lucía bien, algo kitsch con las rosas. También pensé que nunca le había preparado algo por el estilo. Repentinamente vi un juego de sombras en el trasluz debajo de puerta. Otra vez el corazón a mil. También sentí ruidos, como los de alguien que está acomodando algo en algún bolso o cartera. Pensé por un instante que podría estar armada, que apenas abriera la puerta recibiría un tiro en la frente, acompañado de una puteada certera, pero lo descarté inmediatamente, ella no sabía nada. Me paré y me ubiqué al lado de la puerta. Inmediatamente dejé de escuchar ruido alguno, pero los movimientos no cesaban.

El cerebro es maravilloso, mientras estaba a instantes de vivir el peor día de mi vida, con el trajín del desayuno, el apuro y el ataque de ansiedad, tuve tiempo en sólo un segundo de repasar lo que debía revelar. Nadie está preparado para dar la peor noticia. En frío y a la distancia todo tienen alguna receta. Decilo, rápido, decilo con otras palabras, buscá una excusa, decilo parecido, pero no concreto, mejor una metáfora, siempre decí la verdad, nunca digas algo en lo que no creas, no te toques la nariz porque van a creer que estás mintiendo... Decilo. Sin embargo, ya nada importaba.

Había llegado el momento, el peor sin dudas. Y cuando uno llega a una situación así, nada puede esperar, porque nadie está preparado, ni para decirlo ni para aceptarlo. Que salga como sea que tenga que salir, que cada uno hace lo que puede, como puede.

No me aguanté más y tomé el picaporte, no me importaba si estaba del otro lado esperando, si estaba dudando, si estaba llorando o si estaba mirando sus mensajes en el celular. Había llegado el momento, era el lugar y el momento para ser valiente. Ya había tenido el coraje de convocarla, por qué no tendría el valor de decirlo. Volvería al plan, se dijo, haría que pasara, que se sentara y la invitaría a tomar el cafecito. Sólo diría que los bizcochitos están recién hechos. No esperaría palabras de gentileza ni medias sonrisas, ni una mueca. Dejaría el azúcar al lado de la taza y que eligiera cuántas cucharadas ponerle. Apenas sorbiera el primer trago, se lo diría todo, como le saliera, sin adjetivos. Pasó esto, esto y esto. Así. Sí, así. Tomé aire, inflé el pecho todo lo que pude y abrí de un manotazo la puerta de par en par. A veces, para hacer foco con la vista, cerramos un poco los ojos como chi-

nitos. Cuando dudamos de lo que vemos, solemos torcer un poco la cabeza, levemente hacia un lado u o el otro, como perros. Lo que sentí no se asemejaba en nada a lo que sentía el sujeto que tenía parado enfrente dispuesto a tocar la puerta. En la otra mano tenía un sobre.

—Eh... no lo esperaba en este momento —le dije.

El hombre se irguió de hombros, me entregó el sobre y luego me mostró dónde firmar. Cerré la puerta y volví a la sala sin saber si había saludado al cartero o si le había dicho gracias, si es que un agradecimiento era pertinente.

Me senté a la mesa, miré otra vez el mantel y me serví un café, negro. Abrí el sobre. Era una carta documento. Medité un instante y pensé que ya nada iba a ser igual frente a un abogado. Saqué el celu del bolsillo y busqué su contacto. Escribí lo que me salió. Metí los bizcochitos en un tupper y los mandé al freezer.

SERVILLETA DE PAPEL

GONZALO RUIZ

*Abrázame, que te lo pido,
abrázame, que tengo frío.
(Abejas - Las Pelotas)*

I

Javier no alcanzó a probar el café. En la tele, una placa roja llamó su atención. Un tipo serio, de traje serio y peinado serio, habla solemne y anuncia que esta mañana murió, en Córdoba, el músico Alejandro Sokol, ex integrante de Sumo, Las Pelotas y actual líder del Vuelto SA. Javier se acuerda de inmediato la noche que conoció a Malena y la noche que conoció a Sokol. Sigue revolviendo el café, en un acto mecánico, sin pensar en que se enfría. Mientras el tipo serio de la tele ahora dice que explotó el verano en Mar del Plata, Javier saca de un bolsillo dos anillos y una servilleta de papel que guarda desde hace tiempo. Lee la frase que tiene escrita y empieza a llorar. Un mozo, desde la barra, lo mira intrigado. Javier se para, deja dos billetes sobre la mesa y deja también la servilleta y los anillos. Sabe que ya no le sirven.

II

Lo primero que hizo Javier cuando se enteró de que Las Pelotas tocaban en el estadio Pacífico fue comprar dos entradas para saldar, de alguna manera, dos deudas: la de llevar a Malena a ver a su banda favorita y la de ver,

por primera vez, a Sokol sobre un escenario. De cierta forma, sabe Javier, Malena y Sokol le han salvado la vida. O algo muy parecido.

La noche del recital hace mucho frío, afuera. Adentro es un infierno de placer. Ese tipo alto, desgarrado, con el pelo que le tapa la cara, hace los pasos más extraños que Javier ha visto en su vida. Corre por el escenario y se divierte como un niño. Parece que se le quiebran las rodillas, que tiene un robot torpe dentro del cuerpo. Da la sensación de que Sokol se abre el pecho, se saca el corazón y lo deja sobre las tablas. Pura entrega, puro instinto, un animal de rock. A veces no canta a tiempo, a veces se olvida las letras. Está pasado de rosca, pero baja del escenario con la tranquilidad de haber dejado todo, como si fuese el número cinco de un equipo de fútbol: pura garra, entrega y corazón.

Esa noche, después del recital, Malena y Javier irán a comer unos lomos al Barloa. Más tarde, el destino los llevará a La Taberna para tomar una cerveza y seguir hablando del toque que han visto. Lo que aún no saben es que tomarán muchas más cervezas de las que imaginan y que las tomarán junto a los integrantes de Las Pelotas.

III

Javier está tirado en la cama, en una habitación oscura, húmeda, perdida en una pensión de la Cuarta Sección. Dejó la facultad hace un año, con sus viejos ya no puede volver y lo echaron del laburo hace dos semanas. Su único refugio es la cocaína más barata que consigue, cuando tiene algo de plata. La parca le está contando hasta diez, pero Javier no puede hacer nada. No le interesa.

Así pasan los días hasta que una noche el Negro entra a la habitación, prende la luz y le mete una trompada sin saludarlo. Javier no dice nada. El Negro lo mira firme a los ojos y le grita que no sea tan hijo de puta, que se tiene que querer un poco, que no va a dejar que siga así. Después le da un pañuelo para que se limpie la sangre que le sale de la nariz y se lo lleva a su departamento, en calle Avenida España, a una cuadra de la Plaza Independencia.

En el departamento está Jimena —novia del Negro— y Malena, una amiga. Comen una pizza y charlan un rato. Javier parece un espectador. Casi no habla. Después, el Negro y Jimena se van a una habitación y Javier se queda con Malena, una completa desconocida.

—¿Te jode si pongo música? —pregunta Malena.

Ella sabe que a veces el silencio es insoportablemente incómodo.

—No me jode, poné lo que quieras —miente Javier.

—Te gustan Las Pelotas, ¿no?

—No los conozco.

—Bueno, escuchá —Malena pone música en la notebook y se sienta en un sillón, al lado de Javier—. Dos de los integrantes de esta banda tocaron en Sumo. Ubicás Sumo, quiero imaginar.

—Sí, el grupo del pelado loco ese.

—Sí, ese mismo. Bueno, el guitarrista, Daffunchio, y el cantante, Sokol, se conocieron en Sumo y después de la muerte de Luca armaron Las Pelotas.

—Mirá vos...

—Disculpá... Cambiando un poco de tema... —Javier se tensa, no quiere cambiar de tema—. Te lo quise preguntar desde que te vi —Malena se acerca un poco— ¿Qué te pasó en la cara? Digo, la tenés muy hinchada.

—Nada, nada, sólo un golpe.

—Qué golpecito... Escuchá esta canción, se llama Abejas, es una de las que más me gusta.

Malena canta y sonríe. Javier no para de pensar en cocaína hasta que de repente, casi como un rayo que cae y parte la tierra, se da cuenta de que cuando Malena sonríe, la vida vuelve a tener algún sentido.

IV

Malena y Javier entran a La Taberna. No alcanzan a sentarse a una mesa que él se encuentra con un amigo que no ve hace años, el Pali. Hablan unos segundos y el Pali le dice que al fondo, en una vip improvisada, están los integrantes de Las Pelotas, que él los conoce por un amigo en común que los puede hacer entrar a esa vip, que son buena onda, que no van a tener drama.

A los cinco minutos, Malena los está felicitando por el recital que dieron, mientras Javier invita unas cervezas. En total están dos horas junto a Sokol y compañía, dos horas mágicas en las que hasta se dan el lujo de ver cómo Daffunchio pela una criolla y Sokol desafina Abejas, ese hermoso tema que los enamoró hace tiempo.

En un momento, Malena va al baño y Javier aprovecha para pedirle a Sokol, entre brindis y cervezas, un favor. Sokol se ríe, le dice que no le rompa los huevos, pero después acepta. Javier pide en la caja una lapicera y en una servilleta de papel el músico escribe la frase que le pidió. Después no quedará tiempo para mucho más: alguna otra cerveza y el recuerdo de una noche casi irreal, que nunca más se repetirá.

Javier sale del café y, a pesar de que es enero y hace un calor sofocante, tiene mucho frío. No logra entender cómo Malena pudo haber hecho algo así. En la cabeza le retumban preguntas sin respuestas. En qué momento se arruinó todo, cómo va a hacer para vivir sin ella, cómo va a hacer para no caer de nuevo en la cocaína, por qué carajo justo hoy se tiene que morir Sokol.

El mozo se acerca rápido a la mesa donde estaba Javier. Lo primero que hace es guardarse los anillos en un bolsillo. Después mira la servilleta de papel que está escrita, la arruga y empieza a ordenar la mesa.

Malena, en otro café, en ese momento, está pensando en llamar a Javier, pero justo escucha por la tele que esta mañana ha muerto el Bocha Sokol, un referente del rock argentino. Un frío repentino se apodera de su cuerpo. Se queda dura, como congelada, y empieza a llorar. Sabe que nunca más llamará a Javier. Un mozo, desde la barra, la mira intrigado.

PEPE CONTRA LA MUERTE

GONZALO GLORIOSO

“Avívense muchachos”, predicaba desde lo alto de un estrado el candidato del Frente de los Trabajadores, agitando sus brazos de aquí para allá con su vigor característico. “Los están comprando con alimentos no perecederos, con colchones y computadoras portátiles para sus hijos, con subsidios de miles de pesos, mientras que ellos se quedan con millones de dólares. Les tiran las migajas a ustedes para mantenerlos contentos y luego van y se compran hoteles, viajan a Suiza, al Caribe, educan a sus hijos en universidades de Estados Unidos o Europa. Forman empresas, se visten a la moda, vacacionan dos o tres veces al año. Y eso porque ustedes se lo permiten, porque les dan su voto. ¡No se regalen! La vida de ustedes vale más que un plan social, vale más que todos los hoteles y casinos que estos delincuentes tienen por todo el país. ¡La vida de sus hijos vale más que todo! Despiértense, de ustedes depende”.

La muchedumbre lo aplaudió y coreó su nombre. No porque les pagaran para hacerlo, como solía ocurrir en los actos políticos, sino porque sentían que alguien les hablaba desde el corazón por primera vez. “Nosotros no tenemos una crisis de recursos; recursos sobran. Lo que tenemos es una crisis política. Los gobernantes están más preocupados en ver quién ocupa el sillón de presidente en la próxima elección que en los problemas reales de la gente. Despiértense de una vez y aprendan que el tiempo que pasan trabajando para otra persona, fabricando un consumismo enfermo, no se los devuelve nadie. Las cosas que están comprando no las compran con dinero, las compran con su tiempo. La vida es una sola. No vivan para sostener a los ricos, vivan para ser felices, y aprendan a ser felices con lo necesario”.

Galán no se bajó del escenario escoltado por un séquito de uniformados

ni se montó a un sedán de vidrios polarizados con tecnología a prueba de balas. En retrospectiva, debería haberlo hecho, pero él no era así, no era su estilo. Al concluir su presentación, Pepe se sentó en la parada de la calle Piedras a esperar el 53 que lo dejaba a tres cuadras de su casa. Así se manejaba en su vida, con sobriedad y austeridad, ante todo. Donaba el ochenta por ciento de su sueldo como senador de la nación a entidades de caridad porque no necesitaba manejar coches de lujo ni vivir en mansiones de barrios privados. Habitaba la misma casa que construyó a sus cuarenta y pocos, un pequeño hogar que compartía con su mujer Lucila y su perro Chato.

Aquella noche, al llegar a su casa, le pareció extraño que Chato no saliera a recibirlo como solía hacerlo. Algo extraño ocurría y necesitaba saber qué era. Apuró sus pasos hacia la puerta y al abrirla se encontró con un hombre de traje negro postrado en el sillón. En la mano sujetaba una pistola que apuntaba directo hacia el pecho de Pepe. El primer disparo perforó su mano izquierda. El grito de Galán fue ahogado de inmediato por el segundo impacto que ingresó por el tórax y salió por la espalda. Un olor rancio, mezcla de vinagre y carne quemada, impregnó sus sentidos. Al tercer disparo, el cuerpo de Pepe se desplomó sobre el piso.

Por un momento Galán se extravió en un limbo. El dolor fulminante de las heridas había quedado atrás. No sentía sus extremidades ni tenía balas en el cuerpo, era sólo él levitando en un espacio etéreo. Si había un horizonte, no podía verlo, si había suelo, no podía sentirlo, aunque le daba la impresión de que estaba caminando. Respiró hondo e infirió que estaba muerto. Un muerto caminando. Pero no, no estaba caminando. La sensación de movimiento le era infundida por una lejana silueta que se hacía cada vez más grande. Pepe estaba quieto mientras la mancha negra se acercaba. Este es el momento definitivo, pensó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con coraje, alzando la voz hacia el vacío.
—No hagas preguntas obvias —respondió una voz que sonó dentro de su cabeza.

¿Telepatía? ¿Cómo puede ser que estemos hablando de esta manera?, se preguntó Pepe.

—Es un truco que me encanta practicar con los humanos —dijo la voz—. Me meto en sus cabezas para que no me mientan. Aunque, para ser honestos, es la única manera que tengo de comunicarme con ustedes. Son una raza tan inferior...

—¿Qué está ocurriendo? —dijo Pepe, desconcertado.

—En el mundo real, en tu mundo real, un hombre, en este preciso momento, está descargando el tercer cartucho sobre tu cuerpo. Estás tirado

en el suelo de tu casa desangrándote. Y sin embargo nosotros estamos aquí, en esta forma indefinida a la que podemos llamar alma, ki o energía; la elección es tuya. Frente a frente estamos conversando sin hablar. Verás que aquí nada es como lo aprendiste.

De pronto la sombra era inmensa, mucho más grande que la sombra de cualquier humano.

—¿Y Lucila? ¿Y Chato? —una nota de aguda desesperación se escapó en el tono de su voz.

—Están bien, los dos. No te preocupes por ellos —intentó tranquilizarlo La Muerte

—Pero... ¿Por qué estoy aquí? ¿Esto es lo que pasa cuando morimos? —preguntó Pepe con cierta calma, a pesar de la intimidante presencia que tenía frente a sus ojos.

—No exactamente —respondió La Muerte—, no todos llegan a esta instancia. Este espacio indefinido que tanta curiosidad te despierta no es más que un lugar de paso, un puente que me gusta utilizar cada vez que tengo que visitar a un elegido. Y es por eso que estamos aquí. Normalmente cuando la gente muere se desechan sus restos, el cuerpo vuelve a la tierra y su energía muta para volver al universo de cualquier otra manera. Puede ser como un animal, como un objeto, como viento o como lo que puedas o no imaginar. Pero hay algunos, los elegidos, que tienen una energía positiva tan poderosa, tan avasalladora, que se ganaron el derecho de una última voluntad antes de su viaje a las próximas etapas. Eso está ocurriendo.

—¿Entonces se supone que tengo que elegir un último deseo? ¿De eso estamos hablando?

—Podés tomarte el tiempo que estimes necesario. Acá, en este lugar, el tiempo no fluye de la misma manera a la que estás acostumbrado. Podés pasar días enteros meditando sobre tu última voluntad y en tu mundo no serían más de cuatro segundos.

—El asunto es que no tengo una última voluntad, tengo sólo una y es inquebrantable —reflexionó Pepe, angustiado, repasando en su cabeza las tareas que quedarían inconclusas por su ausencia. La ley de aborto, la nueva ley de energías renovables, la despenalización de la marihuana, la compra de un helicóptero sanitario, el colegio del barrio Fuch, la operación de Lucila, en fin. No podía ser tan egoísta como para elegir una por encima de las otras. Cada una tenía su importancia y en sí mismas no eran un fin, sino un medio para conseguir un fin mayor, que era la felicidad para los suyos. Lo que Pepe quería era sentar las bases para el fin del materialismo consumista, por lo menos en su tierra, donde estaba su gente, y promover una liberación mental y espiritual, tanto en la política como en otros aspectos